Horizontes de Fortuna

Ismael no está dispuesto a postergarse en una silla de ruedas y decide viajar a Sierra Nevada para volver a empezar a practicar el esquí con los equipos de minusválidos. Allí conocen a Juan y Ángela, dos jóvenes, sevillano y malagueña que se gustan y se emparejan. Allí han quedado con su hermana Blanca y su pareja José Manuel Pérez.

José Manuel proviene de una familia pacense, de Villafranca de los Barros, y conoce a Blanca en la sierra madrileña cuando ella sufre una torcedura de tobillo. Allí inician una relación que los llevará a estar juntos. José Manuel presenta a Blanca a sus padres y a su hermana Daniela, quien, en un viaje a Sevilla conoce a Jaime Montoro.

Carmela es propuesta para presidir el gobierno de España por su partido y se lo cuenta a sus amigos en el Asador.

El día de Año Nuevo muere Valentina de forma súbita a la vez que nace Guillermo, el primer hijo de Teresa y Michael. Pablo e Isabel compran la casa de los abuelos en Viena y la reforman.

Estreno en el auditorio de un nuevo concierto para piano y orquesta de Renzo al que acuden sus primos Jorge y Leonor. Pablo recibe encargos de proyectos para casas en Beverly Hills y un auditorio en San Francisco.

Concesión del premio Pritzker de arquitectura a Pablo Hernanz. Diego Fuentes acaba arquitectura y se marcha a Boston con su novia Sabina, Física eminente. Acuden todos a Chicago para la entrega del premio Pritzker a la vez que trabajan en las obras de las oficinas de Houston.

El alcalde de Chicago les encarga el proyecto un Centro Cívico en el parque Millennium de la ciudad, junto al lago Michigan.

Samuel y Sofía viajan alrededor del mundo con sus hijos Pablo y Claudia. Se juntan en California con los Carpenter y Claudia conoce a Pat McKenzie. Quedan en Madrid en Semana Santa después de esquiar juntos en Aspen junto al presidente y su esposa.

John decide intervenir en el mitin de cierre de la campaña electoral de Carmela para las elecciones generales y acude a Madrid. Claudia Bergman invita a Claudia Fernández a vivir en su casa de San Francisco para que pueda estudiar arquitectura en Berkeley junto a su enamorado Pat McKenzie.

Ismael no había olvidado su afición al esquí y no estaba dispuesto a olvidarla por las limitaciones físicas de su columna, que le hacían estar confinado en una silla de ruedas, aunque procuraba levantarse sobre las muletas de forma asidua si bien apenas conseguía dar unos pasos de manera muy dificultosa y torpe. No le importaba, era consciente de que lo que hacía era algo sorprendente después del estado en el que había quedado y no se arredraba ante la adversidad, ni mucho menos. Había retado a su preciosa mujer a una carrera por las pistas de Sierra Nevada y estaba dispuesto a participar en ella, aunque no le importara, por supuesto, el resultado de esa competición ficticia. Por ello, estuvo preparando todo para hacer un viaje a la preciosa estación del sur de España en los días posteriores a la Navidad y no dudó en reservar una habitación en el Hotel Meliá Sierra Nevada ubicado en la propia estación, a los que explicó su situación y los que le recomendaron ponerse en contacto con la escuela de esquí especializada en la enseñanza del deporte blanco a personas de su condición.

De hecho, él los había visto esquiando por la nieve con sus patinetes y se había quedado perplejo de la habilidad que demostraban y su intrepidez, bajando por las pistas a una velocidad endiablada y disfrutando del deporte blanco como otros más entre todos los esquiadores.

Estaba feliz, su hija Bernardette crecía con una salud envidiable, era una glotona de cuidado y ya correteaba por la casa como una auténtica y desmelenada jovencueta, había cumplido los dos años en septiembre y decía ya muchas expresiones con cierta soltura. Se subía con él a su halda en la silla de ruedas y lo abrazaba con amor. Se le caía la baba al verla tan cariñosa, la apretaba suavemente contra su pecho y se sentía el hombre más afortunado del mundo. Estaba cada vez más enamorado de Clarence, ella se había portado con él de una forma que nunca pudo imaginar, jamás pensó que el amor de una mujer como ella por él pudiera llevarla a ser tan fiel, a mantenerse a su lado en una situación tan desgraciada, siendo, a la vez, tan joven, y sin ningún compromiso real con él más que el amor que ambos se profesaban; había acudido estoicamente al hospital de paraplégicos de Toledo cada fin de semana, verla entrar cada viernes por las puertas del centro era lo que le hacía mantenerse firme durante el resto de la semana, lo que le impelía a esforzarse sobre los aparatos para ir ganando milímetro a milímetro cada vez más su movilidad. Ella era la razón por la que había peleado como un titán contra su infortunio y la que le había dado ánimos para no cesar en su empeño. Luego le había demostrado su amor de la forma más increíble, se había convertido en una profesional del amor para lograr que el consiguiera su primera erección después del accidente, se había mostrado tan lujuriosa, perversa, salaz, que había logrado lo que creía imposible, que su cuerpo reaccionara a la visión de su escultural figura y que pudiera hacerle el amor. Habían conseguido que ella se quedara embarazada y traer al mundo a su pequeña Bernardette, su capricho y su amor más tierno. Le tenía abducido el seso, la miraba y no podía dejar de sonreírle y abrazarla, le llamaba papá con voz de trapo y se le caía la baba de puro gozo, se pasaba horas enteras sentado en el sofá con ella jugando a lo que quisiera, se estaba constituyendo en un experto relator de cuentos y la niña se quedaba dormida con

él en el sofá la mayor parte de los días. Luego Clarence la tomaba en brazos y la llevaba a su cama, cuando no lo hacía él mismo, con una destreza inimaginable para subirse a su silla de ruedas y, con sus brazos, tomar a la niña del sofá y llevarla a su cama.

Clarence le dijo que podían dejar a Bernardette con sus padres en Pozuelo y ellos viajarían a Sierra Nevada los dos juntos y solos. Pero él prefirió llevársela y pasar el fin de año los tres en la estación de esquí.

- Me he enterado de que hacen una fiesta de cuidado en el hotel y creo que podemos cambiar un poco la rutina de otros años, es muy probable que haya familias como nosotros con niños pequeños y Bernardette podrá estar con ellos tan ricamente. Además, me he de enterar si hay algún cuidador que pueda subirla a la nieve, me interesa que vaya tomando contacto con los esquís, igual que aprenden a andar lo pueden hacer a esquiar. No me importa gastar el dinero en estas cosas, ya ves que tampoco somos muy derrochones, tenemos tanto trabajo que nos impide gastar más de la cuenta y debemos aprovechar cuando salimos para darnos ciertos gustos.

- Como quieras, de todas formas, nuestros padres disfrutan de su nieta todo lo que quieren pues se pasa más tiempo con mi madre que conmigo.

- Tengo reservado desde el veintiséis de diciembre hasta el cuatro de enero, nos lo tomaremos con calma, podemos bajar algún día a Granada a cenar en algún buen restaurante y no estaría mal poder visitar la Alhambra alguna tarde; reservamos la entrada, la vemos y luego nos vamos de cenita romántica. En el hotel deben tener servicio de guardería infantil y nuestra hijita se puede quedar con más niños del hotel, así socializa con chicos de todo tipo y condición, tengo entendido que suelen venir muchos extranjeros, ingleses, alemanes o franceses, a esquiar a nuestra preciosa Sierra Nevada.

- ¿Y a ti qué te pasa? ¿Das algún palo al agua en la notaría? Porque pareciera que no haces otra cosa que organizar las vacaciones en lugar de firmar escrituras con tus clientes.

- ¡Jajaja!, ¡qué va! Estamos a tope, pero se lo he encargado a una becaria nueva que tenemos, es una chica despierta, más lista que el hambre y me lo está organizando todo ella, dice que conoce Sierra Nevada porque también esquía y que no podemos hacer otra cosa mejor que ese viaje con nuestra hijita.

- Eso me parece, porque al despacho no dejan de llegar escrituras vuestras, así que no tendrás tanto tiempo para dedicarlo a esos menesteres del ocio.

- Bueno, con todo y con eso, creo que estás tú mucho más liada que yo, el despacho vuestro nos va a hacer ricos, veo los ingresos en nuestras cuentas y hay meses que ganas más dinero que yo en la notaría, y eso que ya ves las cifras que manejamos.

- Claro que lo veo, ha coincidido estos meses que hemos facturado varios pleitos que hemos concluido de forma satisfactoria y los honorarios estaban convenidos altos para el caso de que ganáramos, como así ha sido. Los clientes están más que contentos, uno de ellos era un asunto con hacienda que les hemos ahorrado algún que otro millón de euros, como para no pagarnos satisfactoriamente.

- Y es que mi mujercita es la mejor, sin duda alguna.

- Gracias, pero sabes que le dedicamos mucho tiempo a estudiar los casos y parece lógico que, si los trabajas, al final obtienes tu premio, ¿no?

- Todo trabajo profesional bien estudiado y hecho ha de ser recompensado de forma adecuada, desde luego, y, si eres capaz de ahorrar a tu cliente una cantidad importante de dinero o sacarle de algún asunto turbio que le pueda llevar a la cárcel, o resolver favorablemente un contrato importante, es lógico que ese cliente sepa ser generoso.

- Bueno, es que, como sabes, hay veces que no sólo ganas el pleito, sino que consigues que se condene a la otra parte al pago de las costas judiciales, por lo que al cliente no le cuesta nada ese procedimiento.

- ¡Ah, otra cosa!, le he dicho a mi hermana Blanca que por qué no se vienen unos días con nosotros y me ha dicho que lo iba a comentar con José Manuel, su pareja, a ver cómo tiene las vacaciones de estos días, pero no les importaría acompañarnos.

- Mejor, así estamos más acompañados, y podré esquiar algo con ellos mientras tú des tus clases, me temo que te va a llevar tiempo.

- Bueno, le he dicho a Lucía, la chica que me está haciendo las gestiones del viaje, que localice al monitor que me va a instruir, quiero hablar con él para ver qué tiempo de clases cree conveniente que demos cada día a fin de avanzar lo mejor posible.

- Veo que estás decidido a recuperar tu afición y práctica del esquí de forma determinada.

- Bueno, sabes que tenemos una apuesta y que quiero ganarte en una carrera que hagamos.

- Lo vas a tener muy difícil, te aseguro que lo vas a tener imposible porque sabes que no soy una mosquita muerta y que se me da genial, aunque hemos estado este tiempo sin ir a la nieve.

- Bueno, ya sabes que la apuesta es que paga el que gana y que yo soy una persona generosa, no me importa pagar.

- Tú eres un socarrón de cuidado y un malvado provocador, pero me gusta que seas así, te amo mucho y me encanta esa forma de ser tuya.

- Bueno, ya te he dicho muchas veces que te debo mi vida, has sido la fuerza que me ha impulsado a seguir, me has animado sin descanso a ir cada día a más, me repito, pero has dado a todo el mundo una lección de humanidad y de amor que nos acompañará toda la vida. Sabes que me importa un pimiento lo de la carrera, si gano me alegraré un montón y si pierdo me alegraré más todavía, lo que quiero es estar a tu lado y poder hacer las cosas que siempre hacíamos, poder ir con nuestros hijos a esquiar como una familia más. Mi problema físico no debo transmitirlo a la familia más que en la medida de lo imprescindible, creo que me manejo con cierta soltura y he de ver la forma de superarme cada día, aún somos jóvenes y no debo cejar en el empeño de ser lo más autónomo posible. En la notaría ya nadie nota diferencia alguna, de hecho, ahora me lo paso mejor porque he llegado a una relación mucho más afectiva con mis empleados, bueno, ya ves que hacemos una comida de empresa al mes. Nos va muy bien en nuestras profesiones y quiero compartir mi felicidad con los que tengo cerca, y a los empleados los tengo cada día en mi vida. Están encantados con la subida de salarios que les propuse y rinden muchísimo más, de hecho, creo que hasta me sale más rentable porque con el trabajo que tenemos quizás debiéramos haber contratado a más gente, pero como son muy eficaces y están a gusto, tienen todo el trabajo al día y cada vez nos llegan más escrituras.

- Bueno, eso es así, dijo Clarence, es fundamental implicar a los empleados en el despacho. Trabajan más a gusto, rinden más y, por ello mismo, han de ser justamente recompensados con una nómina más apropiada.

Pasaron el día de Nochebuena y Navidad con sus amigos de Pozuelo, vinieron los padres de Ismael y su hermana Blanca con José Manuel, su pareja, les confirmaron que bajarían a Sierra Nevada pero que no irían hasta el veintiocho porque tenían compromisos laborales ineludibles.

- No os preocupéis, dijo Ismael, en un par de días de cursillo empezaré a bajar las pistas y así esquiamos juntos cuando lleguéis.

- Vaya, dijo Blanca, eres increíble, hermanito, desbordas entusiasmo por los cuatro costados, aún no has empezado a ver cómo tienes que manejarte con unos esquís totalmente nuevos y ya estás bajando las pistas rojas como si lo hubieras hecho desde siempre.

- Bueno, yo ya sabía esquiar y deslizarme, espero que pueda adaptarme pronto a mi nueva condición de minusválido, situación que cambiará en cuanto empiece a manejarme, momento en que empezaré a ser válido de nuevo.

- Me quiere echar una carrera, dijo Clarence, y se pone muy chulillo, diciendo que me va a ganar, le voy a pegar un repaso que se va a enterar, este es un engreídillo de tres al cuarto que va dando lecciones de esquí a todo el mundo.

- Tú riéte, dijo Ismael, ya he hablado con el monitor que me va a dar clases y me ha dicho que puedo avanzar todo lo que me proponga, que daremos tres horas de clases al día y que, si soy arriesgado y estoy en forma, todo será mucho más fácil, que es importante que ya hubiera esquiado antes con mis propias piernas.

- Déjale, Clarence, dijo Blanca, es un intrépido de tomo y lomo y no te extrañe que se rompa la crisma rodando ladera abajo, está tan ilusionado como un niño con juguetes nuevos.

Ismael condujo el día siguiente de Navidad con precaución y sin prisas por la autovía de la nacional cuatro en dirección a Granada, manejaba su coche adaptado como un auténtico experto y conducía con una pericia y tranquilidad encomiables. De hecho, su hija Bernardette se durmió plácidamente al poco de montar en el coche, solían ponerle alguna pieza tranquila de música clásica y se quedaba clavada al instante en brazos de Morfeo.

Clarence también dio una cabezada, era reconfortante ver cómo Ismael conducía con mucha prudencia y templanza, y la transmitía una sensación de total seguridad. Por eso, cuando se quisieron dar cuenta ya habían atravesado toda la llanura manchega y se internaban en las curvas del paso de Despeñaperros, puerta natural de acceso a Andalucía y su clima especial.

Era aún mediada la mañana y no tenían prisa, por eso Ismael decidió hacer una parada en el restaurante La Perdiz para tomar un café y estirarse en su silla de ruedas a la vez que se ponía un poco de pie sobre sus muletas. Había reservado para comer en el restaurante Chikito, situado en el centro de Granada y tenían tiempo de sobra. Bernardette se despertó con una sonrisa en la cara, había dormido profundamente y ahora se encontraba radiante, no dejó de hacerles preguntas en la media que avanzaban por los olivares entre Bailén y Granada, la sorprendía ver tantos árboles iguales que peinaban las laderas y colinas de las montañas próximas a la carretera por la que circulaban.

Pronto giraron un recodo de la carretera y se encontraron en la periferia de la ciudad del Genil, rondaba el mediodía de una mañana soleada, y, al fondo, en las alturas, otearon la inconfundible estampa del egregio pico del Veleta dándole fondo al cuadro incomparable de la bonita ciudad de Granada. Se dirigieron al centro, sabían que el restaurante estaba en una plazuela cercana a los almacenes comerciales del Corte Inglés. Ismael condujo hasta encontrar el aparcamiento y se adentró en el mismo. Por el ascensor ascendieron a la planta baja y de allí, por la calle, hasta la plaza donde se ubicaba el Chikito en una de las esquinas de la misma. Rondaba ya la hora que habían previsto para la reserva y se acercaron hasta el local. Ismael conducía su silla de ruedas con una pericia sorprendente, llevaba sus muletas articuladas en la parte trasera y no dudó un momento, según alcanzaron la puerta de entrada, en tomar ambas cayadas e incorporarse sobre su silla de ruedas para ponerse de pie y con decisión avanzar hasta la mesa asignada escoltado amablemente por el maître.

Se tomaron tiempo y pidieron un aperitivo previo, apenas había aún comensales en el restaurante y les atendieron con prontitud. Comieron con hambre, apenas habían tomado el tentempié de La Perdiz, pero había sido un mero café y habían desayunado temprano.

Aún les dio tiempo a dar un paseo por el centro de Granada antes de volver al coche para enfilarse en la abigarrada y retorcida carretera que conduce de la capital hasta la estación de esquí. Anochece cuando el botones del hotel les abre la puerta del coche en la entrada del hotel Meliá Sierra Nevada. Ismael se dio cuenta que la disposición de la gente para con él cambiaba de forma sorprendente en cuanto bajaba del coche, donde no imaginaban su discapacidad, y lo veían instalarse en su silla de ruedas. No le importaba, al contrario, notaba la cercanía que le demostraban por su situación física, lo encontraba lógico y no se sentía mal o discriminado por ello, era evidente que tenía limitaciones físicas y también era inevitable que la gente se compadeciera de él y tratara de echarle una mano.

Había hablado con el monitor que le iba a dar las clases al día siguiente y le había dicho si no le importaba pasarse por el hotel esa tarde, a última hora, para conocerse, le invitaría a tomar algo en la propia cafetería del hotel, y hablarían del equipo que le tuviera preparado o podrían acercarse hasta la tienda de deportes donde lo iba a adquirir.

El monitor se llamaba Manuel, era un joven fornido y muy bien parecido, guapo a rabiar según Clarence, quien no dudó en decírselo de forma abierta. Había llegado sobre las siete al hotel y les dijo que la tienda donde podría comprar el equipo estaba muy cercana al mismo y que podían ir dando un paseo. Ismael se mostró muy interesado y se dejó llevar por los consejos del joven andaluz, tenían un acento inconfundible al hablar que decía que se había criado en la bonita sierra sureña.

- Soy sevillano, pero llevo ya muchos años aquí en Granada, les dijo.

- Nos gustaría ver la posibilidad de que algún monitor de niños pudiera dar algunas clases a nuestra Bernardette, es aún muy pequeña, pero nos agradecería que fuera tomando contacto con la nieve, aunque sea solo una hora o menos, le alquilamos algún equipo de bebé para que pueda evolucionar algo, estoy seguro de que, con lo intrépida que es, en cuanto note que se desliza suavemente por la nieve, le coge gusto y no quiere quitarse los esquís.

Ismael se dio cuenta, cuando vio su equipo, que se componía de una sillita de material plástico en forma de sillón donde podía recoger sus piernas, con un pie extensible mediante un hidráulico que le hacía de amortiguador y dos bastones patines con los que debía irse guiando para hacer los giros, que aprender a manejar ese artefacto no iba a ser nada fácil, pero no se arredró, sino más bien todo lo contrario, estuvo probándose el material que mejor le venía y lo dejó pagado en la tienda. Al día siguiente iban a empezar sus lecciones y esperaba que, dejándose llevar por las instrucciones de Manuel, pudiera evolucionar de forma satisfactoria.

- Tienes una ventaja, dijo Manuel, mientras se colocaba su propio equipo adaptado, como el de Ismael, y le ayudaba a ponerse el suyo encima de la nieve en las proximidades de la propia estación zona de Borreguiles donde se ubicaba la escuela de esquí, al saber esquiar ya, tienes ya desarrollado el sentido del desplazamiento y el equilibrio. Pero verás que esto es del todo distinto, vas a venir detrás de mí y nos acompañará otro compañero con esquís normales para ayudarte a levantar porque vas a morder el polvo blanco en más de una ocasión.

- Ya sé que, cuando se aprende este deporte, los primeros pasos son de estar mordiendo la nieve cada dos por tres.

- No dudes en parar y descansar cada vez que quieras, esto es un aprendizaje para que vuelvas a disfrutar de estas montañas, pero no una competición en la que tengas que llegar primero a la meta.

- Bueno, dijo Clarence, que estaba al lado de ellos, viendo como Ismael se acoplaba en su equipo y empezaba a deslizarse de forma inestable por la suave pendiente, este no parará hasta que vaya como un despendolado por las pendientes.

Llegó, también, el monitor que se iba a ocupar de Bernardette, y saludó a todos, fijándose en la niña.

- ¿Así que tú quieres aprender a esquiar ya?, le dijo con un acento andaluz también muy marcado.

- Bueno, vamos a ver qué es lo que quiere hacer, dijo Clarence, mi marido es un forofo, ya le ves subido en su silla, dispuesto a bajar cualquier pala sin saber aún los rudimentos de su nuevo equipo. Como la niña salga al padre, la vemos por ahí despendolada en cuatro días.

- Bien, dijo Manuel, que ya se hallaba sentado en su propio equipo para minusválidos, es muy importante la disposición que toda persona tenga para acometer la tarea que se le ponga por delante. Me imagino que Ismael debe estar acostumbrado a trabajar muy en serio para poder llegar a tener cierta movilidad.

- No lo sabes bien, dijo Clarence, en el hospital de parapléjicos de Toledo le conocen perfectamente, además no ha dejado de acercarse por allí de forma usual, hizo muy buenos amigos y vamos de vez en cuando para animar a la gente que llega con el alma por los suelos. Es fundamental que crean en sí mismos y no se dejen llevar por la desolación de los primeros días en los que te ves del todo incapaz de hacer nada y es cuando has de tener al lado a alguien como Ismael, que ha pasado por ese trámite y que le puede contar su propia experiencia de forma directa y cercana. Bueno, de hecho, más de uno le llama para agradecerle sus buenos consejos y ánimos en los primeros días, hasta que van viendo que avanzan y que pueden llegar a metas impensables de recuperación.

- Bueno, dijo Manuel, ha llegado el momento de que todos nos vayamos a trabajar, el día es fenomenal y hemos de aprovechar que no hay mucha gente y las pistas están increíbles.

Clarence se quedó sola, su hijita no dudó en seguir al monitor subida en unos mini-esquí para niños que le habían alquilado en una tienda de la Estación. Se dijo que era demasiado pequeña pero el monitor le había convencido de que se lo iba a pasar muy bien y ella le había seguido con determinación y sin dudarle un momento. Quedaron en verse en un par de horas, tenían los teléfonos móviles y podía estar en contacto por si hubiera algún imprevisto. Decidió subir a alguna de las pistas azules para calentar un poco las piernas antes de adentrarse en las rojas, el día era espléndido y quería esquiar a tope, le hacía sentirse muy bien el mero deslizamiento por las pendientes dándole el aire fresco de la montaña en la cara. Como iba sola tenía que irse acoplando en las sillas de los remotes con otras personas que subían junto a ella.

Llevaba ya esquiando una hora cuando le tocó subir junto a un chico alto y bien parecido en el arrastre que asciende a la pista principal del monte Veleta. Hay que ir en tándem de dos personas hombro con hombro deslizándose sobre los propios esquís en la nieve. Se saludaron de forma educada y empezaron a hablar de forma espontánea, él la contó que venía de Sevilla, donde trabajaba, era guardia civil de tráfico y solía hacer su trabajo en los equipos de motoristas de las carreteras. Ella le refirió de forma somera que había venido con su hija y su marido, que estaba aprendiendo a esquiar con un equipo de minusválidos ya que se desplazaba en silla de ruedas por un accidente de automóvil que tuvo.

El chaval hablaba de forma suave con cierto acento de tristeza en su tono de voz. Llegaron al final del remonte y ella le dijo si le apetecía hacer algunas bajadas juntos, él se mostró muy educado y animado, también estaba solo y se podían hacer compañía mutua.

Juan, que así se llamaba el joven sevillano, manejaba sus esquís con soltura y tenía un nivel muy parecido al de Clarence, aunque con mayor fuerza en las piernas y, por tanto, mayor ímpetu y rapidez en la bajada. Pero ella no se quedaba atrás, había conseguido una técnica muy aceptable en la práctica del deporte blanco y eso la permitía bajar con comodidad y sin riesgo aparente. Se mudaron a la zona de la Laguna de las Yeguas, un valle paralelo al principal de la estación en el que se disfruta de unas pistas con nieve en muy buen estado y desde el que tuvieron la oportunidad de fotografiarse con los tres picachos que coronan las abigarradas cumbres de la sierra granadina, el Mulhacén, el Veleta y la Alcazaba.

Clarence notaba que sus piernas empezaban a estar cansadas, Juan era un magnífico esquiador de su edad, pero era hombre y estaba muy en forma. La comentó que solía correr habitualmente y que hacía muchos ejercicios físicos relacionados con su trabajo en la guardia civil que le obligaba a estar muy en forma. Le contó que había practicado escalada de alta montaña y que había saltado en paracaídas, que había hecho espeleología y submarinismo.

- Vaya, veo que estás totalmente en forma, le dijo Clarence. ¿Y cómo es que estás solo en Sierra Nevada? Eres un hombre alto, guapo, diría yo, debes tener a más de una chica revoloteando alrededor tuyo, ¿no? Aunque parezco un poco descarada indagando en tu vida.

- No te preocupes, no me importa contarte mi situación, mi mujer acaba de dejarme por un primo mío. Se ha ido con él y me ha abandonado.

- Vaya, lo siento. Te he notado algo triste, algo apagado, melancólico, tal vez.

- Bueno, yo diría que estoy dolido, la verdad es que quería mucho a mi mujer, me temo que aún la sigo queriendo, y, como siempre, he sido el último en enterarme de que me estaba poniendo los cuernos con alguien tan cercano como mi primo.

- Claro, siempre se es el último en saberlo, porque, cuando lo sabes, acabas con esa situación y la relación, ¿no?

- ¡Qué remedio! De hecho, ella ha dejado nuestra casa y se ha ido con él, realmente no puedes hacer nada, aceptarlo y seguir adelante como puedas.

- Es una situación muy difícil, te veo muy afectado, supongo que amarías de veras a tu mujer.

- Sí, lo peor, incluso, es que tenía una gran confianza con mi primo, entraba y salía en nuestra casa como en la suya. Ahora se ha montado un lío familiar que va a dar al traste con años de buena relación entre nuestras familias, nuestras madres son hermanas y es un papelón para ellas, yo le he dicho a mi madre que no tiene por qué enemistarse con su hermana, ella no es responsable de lo que haya hecho su hijo, pero no lo veo del todo claro. Estas cosas se encrespan de una forma exponencial, se empieza a despotricar de los otros y se sacan todos los trapos sucios a la cara, y todos tenemos lastres que criticar o malos hechos que recriminar.

- ¿Has hablado algo con tu mujer? ¿Te ha dado tu primo alguna justificación de su comportamiento?

- No, ni quiero hacerlo, la cabeza me da vueltas y me devaneo los sesos pensando en lo que pudo pasar. Nuestra relación fue siempre buena, no llevábamos más de dos años casados, y algunos pocos de novios, pero creí que nos queríamos. Nuestras relaciones íntimas nos satisfacían a ambos y creo que éramos felices.

- No sé qué decirte, Juan, me imagino que tu mujer se habrá sentido atraída por tu primo desde siempre incluso antes de casaros, pero igual lo vio inaccesible para ella; luego, una vez casada y si él ha ido por tu casa con confianza, quizás les haya llegado un momento de intimidad en el que han estado solos, se han mirado, y se han dejado llevar por la fogosidad propia de quien ha estado deseando al otro toda la vida.

- Desde luego, algo debía haber, ahora que lo pienso. Mi mujer siempre me ha hablado de lo majo y atento que era mi primo, pero no le he dado más importancia que la de un afecto familiar sincero por su parte.

- Para mí que debe haber pasado algo de lo que comentamos, dijo Clarence, a quien Juan empezaba a caerle muy bien al verlo tan apenado y sincero, pero has de saber superar este escollo. Aún eres muy joven y tendrás muchas oportunidades de todo tipo. Estoy segura de que hay infinidad de mujeres que querrían conocerte, eres muy alto, guapo y simpático, debes intentar dejar a un lado lo que pasó, considerarlo como una etapa en tu vida que ya se ha acabado y ahora tienes que empezar de nuevo.

- Gracias por tus palabras, me pasa algo raro, no nos conocemos más que de hace poco más de una hora y no sé, siento que fueras alguien cercano, afín, a quien conozco de toda la vida.

- Mira, esta vida que dices nos maltrata a todos, yo viví con mi hombre una situación horrible, cual es verle de la noche a la mañana en una silla de ruedas; un hombre como él alto y bien parecido, deportista, una mente lúcida y abierta, aprobó la oposición de notaría a la primera de forma brillante y consiguió una plaza de primera en Boadilla a una edad muy joven. Y ves que todo tu mundo se te viene abajo, quedó de una forma inerme, incapaz de hacer nada o moverse de ninguna manera, con sus esfínteres sin funcionar y condenado al más oscuro de los ostracismos. Podíamos haber tirado la toalla y dejarnos llevar por la mala fortuna relegándose a ser un vegetal e instándome a mí a que lo abandonara ya que él no iba a poder darme la felicidad que yo merecía.

- Pero esa no era una opción, yo quería y quiero a Ismael y él era el mismo de siempre, aunque postrado en una silla de ruedas. La opción de hacerse la víctima y relegarse a su aciago destino es tentadora, desde luego, y cómoda, puedes darte de baja y cobrar una pensión que se servirá para malvivir haciéndote viejo desde ese mismo momento. O puedes tomar las riendas de tu vida de forma determinada sabiendo que habrás de esforzarte un montón para conseguir cosas muy pequeñas pero que te harán apreciarlas en lo que realmente valen. Mi pareja ha tenido que aprender a escribir de nuevo para poder hacer su firma como notario, ha estado en el hospital de paraplégicos de Toledo y ha trabajado lo inenarrable para poder recuperar movilidad. Ha conseguido controlar sus esfínteres y tener relaciones sexuales que nos han permitido tener a nuestra hija Bernardette, y espero que no sea nuestro último hijo. Ha vuelto a su notaría, donde desarrolla una labor cada vez más afanada y satisfactoria, ahora se lleva mucho mejor con todo el mundo, aunque antes era un auténtico relaciones públicas. Y ya ves, espero que lo conozcas ahora, te lo voy a presentar junto a mi hijita, no sé cómo se le habrá dado la mañana con el monitor, pero anda empeñado en que va a aprender lo suficiente como para echarme una carrera en las pistas, y ganarme, ¡¡jajaja!

- Vaya, por lo que cuentas, habéis sufrido lo vuestro, desde luego, si lo miro bien, lo mío puede considerarse una insignificancia al lado de vuestro calvario, desde luego.

- No es comparable, nosotros hemos sabido mantener nuestro amor intacto y eso debe ser lo que nos ha dado fuerzas para seguir adelante. Entiendo que estés alicaído, y te sientas traicionado por personas cercanas a ti, pero has de recuperarte, tú realmente no has hecho nada punible o sancionable, has sido fiel a quien te dio su confianza y luego te has visto violentado por esa felonía. No lo pienses mucho más, te puede hacer entrar en un estado depresivo del que te cuesta salir. Piensa que estás en un lugar idílico,

maravilloso, que tienes la vida por delante y que este ha sido un accidente del que te vas a recuperar.

- Gracias, eres muy amable.

- Bien, yo me bajo a Borreguiles, dijo Clarence según llegaban en la silla de la Laguna hasta los pies del propio Veleta cuya cumbre se situaba un centenar de metros más arriba, ¿te vienes y te presento a mi familia? Estarán encantados de conocerte, seguro.

- Por supuesto, después de lo que me has contado de ellos, no podría irme de Sierra Nevada sin conocerlos.

- Bien, pues vamos allá, ¿a ver quién llega antes?, dijo Clarence.

- No quiero hacerte quedar mal ante tu marido e hija, dijo Juan, con gesto socarrón y alegre.

- Otro como Ismael, los hombres sois unos fanfarrones, aunque reconozco que esquías fenomenal y tienes más potencia que yo, me ganarás, seguro.

- Yo no vengo a hacer una competición, vengo a divertirme esquiando y he estado pasando una mañana estupenda en tu compañía, esquías fenomenal, con muy buena técnica y eres una mujer muy guapa, divertida y extrovertida.

- Gracias, la vida nos ha enseñado a ser cercanos con la gente, tan necesitada de calor y afectos, casi siempre.

- Tú me has ayudado mucho esta mañana, te aseguro que me siento mucho mejor, tus palabras me han reconfortado y quizás sea la hora de encarar mi futuro de otra manera. Como bien dices, yo no he hecho nada malo y no he traicionado a nadie, no tengo por qué sentirme mal.

Cuando llegaron a Borreguiles, Ismael aún no había llegado y Bernardette tampoco, había un largo banco acolchado apoyado en la nieve y estaba libre. Se sentaron en él una vez se soltaron las fijaciones de los esquís y se aflojaron las botas. Era justo la hora en la que habían quedado y Clarence buscaba con la mirada a su niña o a Ismael en su silla especial para esquiar.

No tardaron mucho en aparecer, venían acompañados de los monitores y Clarence se quedó atolondrada viendo como Ismael se deslizaba con suavidad sobre su patinete apoyándose en ambos bastones y avanzando con cierta inestabilidad. Se fijó también en Bernardette que venía deslizándose sobre sus esquís entre las piernas del monitor con una cara de felicidad que estaba para comérsela. Se levantó del banco para recibirlos, se arrodilló en la nieve y se abrazó de forma irregular a ambos.

- Bueno, estoy impaciente porque me contéis cómo os ha ido la mañana.

- Mamá, ya sé esquiar, dijo Bernardette con lengua de trapo, ya que aún no manejaba bien más de algunas palabras sueltas.

- ¿No me digas, mi amor? ¿Ya has aprendido? ¿Te lo has pasado bien?

- Mi profesor, Daniel, me ha enseñado y hemos bajado muy deprisa desde la montaña alta.

- ¿Te ha gustado esquiar?

- Sí, es muy divertido y la nieve está blandita, hemos jugado y le he tirado bolas a Daniel, había más niños y hemos jugado con ellos.

- Qué bien, mi niña, mamá también ha esquiado en aquella montaña alta que ves allí muy arriba, le dijo, señalando al Veleta.

- Pero eso está muy alto, mamá, te puedes caer y hacerte daño.

- Voy con cuidado, cuando tú seas más mayor, vendrás conmigo a aquella montaña y bajaremos juntas esquiando.

- ¿De veras?, mañana voy a aprender mucho con Daniel para poder subir a la montaña más alta.

Clarence cogió a Bernardette y la subió a su regazo sentándose de nuevo en el banco mientras Ismael se ponía a su lado con su silla de esquiar, momento que aprovechó ella para presentarle a Juan, el chico que estaba sentado a su lado en el banco.

- Verás, Ismael, te voy a presentar a este chico, lo he conocido subiendo el arrastre del Veleta y hemos esquiado juntos, se llama Juan y es de Sevilla.

- Encantado de conocerte, Juan, dijo Ismael.

- El placer es mío, sin ninguna duda, añadió Juan mientras alargaba su mano y saludaba a Ismael que estaba intentado desatarse de su silla para intentar sentarse igualmente en el banco. Después de soltar varias ataduras ayudado por Manuel, su monitor, que aún estaba a su lado, consiguió auparse al banco.

Clarence puso al día a Ismael de cómo había conocido a Juan y la situación personal que atravesaba, instándole a animarlo de igual forma.

- Mira, Juan, acabamos de conocernos y no soy yo quien te deba dar lecciones de ningún tipo, pero, por la experiencia que he vivido a raíz de mi accidente, puedo decirte que lo mejor que podemos hacer es tratar bien a todo el mundo, hacer las cosas adecuadamente y ser generoso y afectivo con las personas que te rodean, de cualquier condición o ralea que sean, ser leal y sincero y saber perdonar a los que yerran, en su error llevan su condena, desde luego.

- Clarence me ha contado lo que has sufrido y vivido, tus ganas de vivir y los esfuerzos que tuviste que hacer hasta llegar aquí.

- Bueno, la vida te pone retos por delante que te hacen cambiar la perspectiva de verla, que te hacen modificar tu escala de valores de forma radical. Cuando conocí a Clarence era un chaval loco y pretencioso, muy creído de mí mismo, era alto, guapo, un buen estudiante y las chicas se me acercaban sin hacer esfuerzo alguno. Clarence subo tratarme con delicadeza, pero de manera firme, me gustaba mucho y supo ponerme en mi sitio, me hizo ver que no la importaba tanto mi belleza exterior como la mente que regía mis actos. Y me dio una gran lección de humildad y bien hacer. Gracias a ella cambié de forma radical, me animó a hacer la oposición de notaría y puse todo mi empeño en ello, con su inestimable ánimo y empuje personal. Luego, después de conseguir la notaría de Boadilla, tuve mi aciago accidente que me ha postrado en la silla de ruedas, aunque puedo moverme algo con muletas, y te aseguro que todo el daño físico y de movilidad que he sufrido son de menor importancia que el cariño y afecto que he recibido por toda la gente que conozco. Y he de agradecerle a Clarence la leal demostración del amor que me tiene, sin ella no habría hecho nada. Probablemente me hubiera jubilado y postrado en alguna residencia para gente disminuida, dispuesto a consumir mi vida como un vegetal.

- Y aquí me ves, dispuesto a esquiar de nuevo toda la estación y a disfrutar de un lugar tan espectacular y mágico como éste. Nos hemos apostado una cena que la voy a ganar en una carrera en cuanto me maneje con este armatoste que me he comprado, y voy a pagar esa cena, obligación del ganador, claro.

- ¡Jajaja!, ¿no es al revés?, el que pierde, paga, dijo Juan.

- No, yo quiero invitar a mi mujer, soy su caballero andante, y he de ganar, por tanto, esa carrera.

- Tú eres un socarrón de cuidado y vas a perder la carrera.

- Vale, pero, si pierdo, también pagaré yo, seré tu caballero andante derrotado, con triste figura, incluso.

- Mira, riámonos, dijo Clarence, que es lo mejor de todo esto. Pero me vais a disculpar que quiero ir al baño, me llevo a Bernardette por si quiere hacer pipí.

Juan e Ismael se quedaron solos charlando sobre el día tan fenomenal que hacía y lo buena que estaba la nieve. Juan le preguntó acerca de las dificultades que había estado

percibiendo para empezar a manejarse con ese nuevo equipo de esquí, del todo distinto a las dos tablas tradicionales.

- Bueno, fácil no es, dijo Ismael, pero he tenido suerte con Manuel, es un profesor excelente y me ha dado ya las pautas de lo que debo hacer, tiene cierta complejidad, como todo, hasta que le vas cogiendo el tranquillo, pero voy a insistir en las clases con él. Quiero inaugurar el año nuevo bajando por mí mismo alguna pala roja, te lo aseguro. Ya lo he estado hablando con Manuel y mañana vamos a bajar esta de Borreguiles despacio, hoy he conseguido empezar a estabilizarme encima de la silla, que parece sencillo, pero no lo es. Tengo suerte porque hago bastante ejercicio y estoy en forma porque me he pegado una paliza de campeonato, he estado más tiempo en la nieve que sobre la silla, pero me siento feliz, los primeros momentos han sido desesperantes, pero he recordado mi rehabilitación y he visto que había cierta similitud cuando empecé la misma, por lo que me he dicho, si aquello era un muro insalvable esto debe estar chupado para mí. Bueno, que he tenido que pelearme con la nieve, pero ya estoy superando lo peor.

Estaban enfrascados en la cháchara en la que Juan le explicaba a Ismael que era guardia civil de tráfico y que se pasaba el día en la carretera conduciendo su moto, que habían tenido muchas anécdotas en la carretera y que se estaba preparando para poder acudir como escolta en la vuelta ciclista a España y no se dieron cuenta apenas que hacía un rato que había llegado una chica muy bien parecida deslizándose en sus esquís y se había parado a su lado. Ella se quitó las tablas y se desabrochó las siempre incómodas botas, apretadas a tope a los pies, mientras ellos seguían con su animada conversación. Al momento les preguntó, amablemente, si estaba libre el resto del asiento en el banco que ellos no ocupaban.

- Siéntese, le dijo Ismael, mi mujer ha ido al baño con nuestra hijita, pero hay sitio para todos. Además, reconforta mucho poderse sentar después de venir cansado de alguna bajada realizada con esfuerzo.

- Gracias, es muy amable por su parte, y es verdad, vengo de arriba del todo y traigo las piernas un poco cansadas.

- ¿Te gusta mucho esquiar? ¿Sueles venir por Sierra Nevada?

Juan se asombraba la facilidad y desparpajo con los que Ismael se dirigía a la joven, que no conocía de nada pero que se mostró alegre y cercana.

- Bueno, vengo menos de lo que me gustaría venir, porque me encanta esquiar, me lo paso genial en estas montañas.

- ¿De dónde vienes? ¿De aquí, de Granada?

- No, vivo en Málaga, me ha sido inevitable escuchar un poco su conversación y me he enterado de que el joven es guardia civil, pues yo soy también una agente de la autoridad porque soy inspectora de la Policía Nacional, me llamo Ángela.

- ¡Vaya!, dijo Juan, tenemos oficios parecidos, aunque yo soy agente de tráfico, no estoy en los departamentos de seguridad ciudadana. Pero vamos, que estoy encantado de conocerte, me llamo Juan. Y este señor tan intrépido que esquía con este equipo especial de minusválidos es Ismael, al que acabo de conocer hace apenas unos minutos.

- ¿No sois amigos?, dijo Ángela, un poco sorprendida porque les había estado escuchando como hablaban y parecía que se conocieran de siempre.

- No, dijo Juan, yo estaba esquizando solo y he subido el arrastre del Veleta con su mujer, Clarence, hemos hablado y esquiado juntos esta mañana y, como ella había quedado aquí a esta hora, he venido a que me lo presentara, junto a su hija. Ellas han ido un momento al baño y van a volver ahora. Ismael me estaba contando que ha empezado a practicar con su nuevo equipo esta mañana y las dificultades que ha encontrado, aunque él antes de su accidente ya esquiaba con las tablas normales dice que esto es del todo distinto y tiene que empezar prácticamente de nuevo.

Para entonces vieron que Clarence volvía del baño con Bernardette. Les presentaron a Ángela, y Clarence les dijo que podían acercarse hasta la terraza de una de las cafeterías para tomar alguna cosa. Ismael había dejado su silla de ruedas en el interior del módulo de llegada de la telecabina Al Ándalus, pero no podía utilizarlo en la nieve porque se le clavaban las ruedas en la misma así que hubo de montarse de nuevo en su equipo de esquí para desplazarse hasta la terraza de la cafetería cercana.

Encontraron un lugar en la terraza con facilidad, ya que, cuando uno de los camareros vio a Ismael en su silla, les habilitó inmediatamente una mesa para todos.

- Bueno, dijo Clarence, la vida no deja de sorprendernos, veníamos solos y en unas horas ya hemos hecho dos amigos. Por cierto, ¿os alojáis aquí en la estación?

- Sí, dijeron ambos a la vez, Juan y Ángela.

- Podíamos quedar esta noche para cenar en nuestro hotel, os invitamos, y así celebramos que nos hemos conocido.

- Eso es muy generoso por vuestra parte, dijo Juan, pero no sé si a Ángela le apetecerá, como bien dices, casi no nos ha dado tiempo a conocernos.

- Bueno, dijo Ismael, ya nos habéis declarado vuestra profesión y procedencia, sois agentes del orden y, se supone, que no nos estáis mintiendo, por supuesto, por lo que creo que es oportuno que nos sigamos conociendo, si vosotros no tenéis inconveniente.

- Al contrario, dijo Ángela, creo que es una suerte haber coincidido, me he venido sola a esquiar y la verdad es que es más agradable poder quedar con alguien.

- Pues nada, dijo Ismael, esta noche nos ponemos de tiros largos y pasamos la velada juntos. Nosotros nos vamos a bajar ya, aunque tu Clarence, igual quieres esquiar un poco más. Llévate a esta pareja de jóvenes a esquiar y luego os tomáis algo en alguna cafetería de la estación, si os apetece. Yo voy a bajarme al hotel, estoy molido y quiero descansar plácidamente.

- Bueno, dijo Clarence, sí me gustaría esquiar un poco más, hace un día fabuloso y, después de este tentempié que hemos tomado, he recuperado fuerzas.

- Bien, dijo Juan, os acompañamos hasta la estación en la telecabina y os dejamos en el hotel, luego nos subimos nosotros tres a esquiar de nuevo.

- Como queráis, dijo Clarence.